

ZONA
LIBRE

BAJO EL CIELO DEL SUR

Antonio Santa Ana

La continuación de
LOS OJOS
DEL PERRO
SIBERIANO



Bajo el cielo del sur

Antonio Santa Ana

UNO

*Tanta ciudad, tanta sed
y tú un hombre solo.*

Luis Alberto Spinetta

Volver.

No recuerdo cuántos años pasaron, no sé si quiero contarlos.

El río está calmo hoy.

Camino por la orilla donde el barro se hace agua y el agua se hace barro. Miro las huellas que el agua se lleva; pienso en las otras, en las que no se borran.

Deberé limpiar mis botas después.

En mis auriculares suena la sonata en sol menor de Beethoven; algo de su tensión me incomoda, pero la sigo escuchando.

Me siento en una piedra, el sol me da en la cara.

Pienso qué habría sido de la literatura si Homero, en lugar de comenzar la *Ilíada* con el verso “Canta, oh, diosa, la cólera de Aquiles”, lo hubiese hecho con uno que dijera: “Canta, oh, diosa, la nostalgia de Aquiles”.

Pero la historia de la literatura occidental empieza hablando de la cólera, la cólera de estar vivo.

De cólera, pero también de nostalgia y de esperanza están hechos los libros.

Al menos es lo que yo busco en ellos.

Me levanto. Respiro hondo.

Miro al cielo.

Tengo que ir al cementerio.

“¿En qué silencio te escondés?”, me preguntó la abuela unos días antes de mi viaje. Pienso en eso desde entonces. Lo hago ahora mismo mientras camino por un sendero que conozco de memoria.

Hay que girar a la izquierda más adelante, después de aquellos cipreses. Desde allí, caminar veinte metros.

Llego.

Tengo un ramo de lirios en la mano y leo su nombre en una lápida de mármol: Ezequiel.

Me doy cuenta de que no recuerdo el sonido de su voz.

Se nubla y lo agradezco. La luz del sol me sigue pareciendo despiadada, como el día de su entierro.

“¿En qué silencio te escondés?”. Tal vez la pregunta debió haber sido: “¿De qué te escondés en tus silencios?”.

La de Martín fue la primera cara que vi al volver. Debería mencionar al oficial de Migraciones que selló mi pasaporte y me dijo “bienvenido”. Pero no estoy seguro de haber visto su cara. No estoy seguro de muchas cosas.

Aterricé, pasé por Migraciones, por la aduana, y al salir del aeropuerto lo vi parado ahí. Sonreía y tenía un cartel con mi nombre, como los choferes que van a buscar a los pasajeros que no conocen y que no conocerán jamás. Un pasajero ahora, otro en el próximo vuelo y así.

Martín parado ahí, con un cartel con mi nombre. Se había dejado crecer la barba pero seguía siendo el mismo que conocí a mis 12 años, en el curso de ingreso al colegio. Sus ojos risueños y cálidos, su sencillez.

No lo esperaba.

Le había avisado que volvía y él me preguntó el número del vuelo: debí sospechar que vendría.

—Bienvenido a la patria —me dijo, mientras me abrazaba. Había hablado con dos personas desde el aterrizaje y las dos habían utilizado la palabra “bienvenido”. Ojalá significara algo.

Señaló mi mochila y me preguntó por el resto del equipaje.

—Es todo —dije—. Son solo unos días, los necesarios para firmar los papeles de la herencia de la abuela y buscar a Sacha.

Martín me acompañaría en las dos cosas.

Nunca supe por qué él quiso ser mi amigo. Le llevó años. Yo quería ser invisible para el resto y en parte lo logré, salvo para Martín y un par más.

Él me vio.

En el colegio había muchos alumnos muy cultos, pero a diferencia de ellos, Martín no se jactaba de sus conocimientos. No había ningún tipo de soberbia en su saber. Durante años lo vi ampliar sus campos de interés. Me fue sorprendiendo: en las conversaciones en el aula siempre tenía una frase o una cita adecuada para que las ideas fluyeran o para mirar el asunto desde otro punto de vista.

Más allá de los saludos cordiales y las frases de ocasión (yo era un especialista en ellas), la primera vez que hablamos fue cuando teníamos 15 años. Pero en los años siguientes no hablamos mucho más. Cuando yo me fui nos hicimos amigos a la distancia, escribiéndonos.

—Una amistad por correspondencia —se burlaba—. Somos del siglo XIX.

Aquella primera vez, hablamos de cine.

Estábamos en un bar en la calle Moreno, él me había pedido ayuda para estudiar algo. Latín, creo. Llegó tarde, la puntualidad nunca ha sido su fuerte.

Yo tomaba un café con leche; él, mientras esperaba su café, tamborileaba con los dedos en la mesa. Saqué mis apuntes y él se disculpó; estaba apurado, me dijo, porque se había enterado de que había un ciclo de películas, no recuerdo de qué país (¿Irán, Noruega?). Me contó que quería estudiar cine (cosa que al final hizo al terminar el colegio).

Mis gustos cinematográficos se remitían a una sola película: *Blade Runner*, y se lo dije.

¿Cuántas veces la habría visto? ¿Cinco, seis? ¿Más?

Él se puso a hablar sobre *Blade Runner* y la cargó de muchos más significados de los que ya tenía para mí. Me habló del expresionismo alemán y de su influencia en la estética y en el argumento de la película. Del uso de contrastes extremos en la fotografía. De su tono pesimista. De un protagonista moralmente reprochable, metido en un universo que no le pertenece. Un universo nocturno, bajo una lluvia constante.

No estudiamos; él se la pasó hablando de cine todo el tiempo y, mientras se despedía, dijo:

—Gran película sobre qué significa ser humano en un futuro teñido de melancolía y fantasmas del pasado.

Llegué hace un par de días, necesito acostumbrarme a estar aquí de nuevo.

Nadie me cree que tengo ganas de estar solo aunque lo diga claramente. Me invitan a reuniones, quieren presentarme gente.

Muchas veces me he sentido más solo en las reuniones que estando solo.

Me obligan a participar en conversaciones sobre temas que desconozco o no me interesan.

Nadie suele escuchar cuando decimos que preferimos estar solos. Estamos condenados a la urgencia de las ganas de los demás.

Camino por Buenos Aires, camino por las calles que caminamos juntos.

Miro a la gente pasar.

Creo que busco a un joven y a un perro que sé que no veré. Esbozo una sonrisa al darme cuenta.

Ya fui a caminar por Avellaneda, hasta la cancha de Racing. Me sigue emocionando la liturgia de la salida de los equipos. Recordé la primera vez que había ido, cuando cerré los ojos para sentir todo con el cuerpo, sin mirar. Y el abrazo, el primer abrazo que nos dimos.

Palermo, San Nicolás, Monserrat, San Telmo.

En aquella esquina tomé un café con él una vez. ¿O fue en la de enfrente?

Algunas cosas, me doy cuenta ahora, se escapan de mi memoria. Detalles, matices, colores.

Otras las recuerdo con claridad. La memoria es un músculo que se debe ejercitar.

Repaso una línea de un poema: ¿de quién, de quién, de quién?

*Buenos Aires se mueve sin vos,
solo yo la sostengo,
yo le quedo de vos.*

Los jacarandás están florecidos y yo los busco. Recorro la ciudad buscándolos. Recuerdo dónde están y me sorprendo al encontrarlos exactamente donde pensaba.

Armo mi caminata para verlos.

Aún quedan flores de lapacho en el piso.

Mientras camino entre flores celestes silbo la canción de María Elena Walsh. *Sol, fa, mi, sol, re.*

Dos chicas van de la mano delante de mí. Se detienen de repente y se besan; es un beso rápido, furtivo.

Los tiempos han cambiado.

Me pregunto cuántas veces él se habrá besado con alguien en la calle.

No he vuelto a la casa de San Isidro. No quiero. Temo que me pase como al protagonista de *Pedro Páramo*, que viaja a Comala porque le han dicho que allí vive su padre pero al llegar no encuentra nada, solo fantasmas.

Temo que me pase lo mismo.

Deberé regresar, pero no ahora.

Hay lugares a los que no habría que volver.

Alguien dijo alguna vez que somos lo que recordamos. Yo creo que somos lo que elegimos no olvidar.

Me llama mi padre. Está indignado porque no me contacto ni lo llamo. Él tiene una idea muy clara de cómo deben ser las cosas. Siempre la tuvo.

Yo no.

Aún hoy me da pavor recordar su mirada.

La conversación es tensa, ninguno de los dos está cómodo. Trato de que sea breve y me despido con vagas promesas. Él está enojado.

Canta, oh, diosa, la cólera de Aquiles.

No sé por qué tengo tan presentes a los griegos todo el tiempo. ¿Ellos ya dijeron todo? ¿Nos dejaron algo por decir a los demás?

En la *Iliada* está la verdad. La *Odisea* es otra cosa: viajas por el mundo, conocés a mujeres extrañas y al volver a casa podés vengarte de todos.

En la *Iliada* te meten en una guerra no deseada, matan a tu mejor amigo... Sin ninguna elección, sin ninguna esperanza. Creés que nunca vas a regresar a tu hogar y que nada podrá hacerte sentir mejor.

A nuestras vidas las rige el azar. Me lo enseñó el tiempo. Me lo enseñaron los libros.

Hace años una amiga me recomendó leer *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett.

Hay una pequeña historia en ese libro que siempre me acompaña.

El señor Flitcraft era un buen ciudadano, buen padre, buen esposo. Iba caminando por la calle y, al pasar por una obra en construcción, una viga cae y se estrella en el piso cerca de él. Sale ileso; solo recibe un raspón producido por una esquirla, que le deja una pequeña cicatriz. Entonces comprende que los hombres mueren así, por azar, y que viven solo mientras el ciego azar los respeta. Decide en ese instante no volver a su casa. Se va a vivir a otro lado, abandona a su familia, su trabajo; se va sin decir adiós. Vagabundea un tiempo hasta que,

en otra ciudad, se vuelve a enamorar y se casa. Regresa a la misma vida rutinaria que tenía antes de huir.

Y sin embargo, a pesar de la extraña actitud de Flitcraft, siento lo mismo que señala Spade, el detective protagonista de la novela de Hammett: *eso es lo que me gustó de la historia. Se acostumbró primero a la caída de vigas desde lo alto; y en el momento en que no cayeron más vigas, se acostumbró a que no cayeran.*

Igual que aquel buen ciudadano, yo ya había aprendido a estar atento a las caídas y a los cambios. Me gustaría, algún día, tener que acostumbrarme a las rutinas.